

LA PESADILLA DE UN HOMBRE

ANTHON OBESO

Estoy en la cárcel. No sé absolutamente nada de mi proceso, pero tengo miedo de saber y prefiero no enterarme. Posteriormente, quiero saber ...: la situación se está prolongando. Llevo tiempo y tiempo en la cárcel, y no hay ninguna posibilidad de salir ...

Desgarbado, alto, flaco, gesticulante, no pudo menos que llamarme la atención aquel don quijote que conversaba animadamente con otra persona en la Alameda, una mañana de domingo, ya lejos en el tiempo, allí por los años cuarenta. Todavía era yo niño, quizá, atisbándose en mí indicios de pubertad, y no puedo precisar la fecha. Pudo haber sido el año 46, o el 47, acaso antes. De todas formas, pienso que este detalle no tiene mayor importancia. El hecho es que aquel hombre singular estaba allí, en la soleada mañana del domingo, paseando con un contertulio, en la concurrida Alameda. Cuando mi amigo con quien yo estaba se dió cuenta de mi atención curiosa hacia aquella persona, me dió a entender que se trataba de un hombre excepcional, muy inteligente y culto, que había luchado en la guerra contra Franco y que, por ello, había estado prisionero y condenado a muerte. Aquella declaración de mi amigo me impresionó. Se me hacía difícil pensar que aquel hombre tan frágil, tan aparentemente desamparado, hubiera podido ser culpable de algo que le hiciera ser condenado a muerte. Aquella evidencia me hacía más patente lo absurdo y cruel de la guerra. No podía ser justo. Además, siendo, como era, un hombre inteligente y culto y que, como me estaba explicando mi amigo, había estudiado una carrera universitaria mientras estuvo encarcelado. No obstante, pensé entonces, el error había sido enmendado y el hombre aquél vivía ya en libertad. Pero también era verdad que el error habría sido posible, pudiendo dar lugar a un cruel desenlace. Porque estaba claro que si aquel hombre estaba en libertad era porque no había cargos contra él. Porque no era culpable. Estas eran mis conjeturas en aquel momento. Y así fue como conocí a *Luis Mitxelena*.

En la vida de *Mitxelena* no faltan ingredientes para que, sobre sus circunstancias y azares, se pueda escribir un prolongado relato o expresarlo en las imágenes de una película. Comprometido políticamente desde su juventud con el Partido Nacionalista Vasco, no duda en tomar las armas cuando surge el conflicto. Lucha. Y es cogido prisionero y condenado a muerte. En esta penosa circunstancia se dedica al estudio y conoce a la que habría de ser la mujer de su vida.

Después, *Koldo Mitxelena* ha sido una constante en la vida intelectual, no sólo del País Vasco, ni del Estado Español, sino del mundo de la cultura. Conocido internacionalmente en el ámbito de la lingüística, ejerció su profesión de Catedrático en diversas Universidades, principalmente en Salamanca y Vitoria.

Aunque encumbrado por una aureola de prestigio, avalado por premios y reconocida a todo nivel su labor intelectual, *Mitxelena* era hombre sencillo y llano, dispuesto a conversar con cualquiera que a él se le acercara. Por lo tanto, cuando surgía la ocasión, fue siempre de lo más grato hablar con él, pues era hombre que sabía apearse de su nivel de conocimientos y ponerse a la altura de su interlocutor haciendo posible que el trato fuera natural y espontáneo.

Dispuesto siempre a colaborar en toda actividad cultural, nunca se negaba al menor requerimiento, sin regatear esfuerzos, cualquiera que fuera la entidad organizadora, aún la más modesta.

Koldo Mitxelena es, por lo tanto, un hombre que interesa a la sociedad y, cualquier información sobre su persona, sobre su pensamiento o sobre su obra, tiene su trascendencia. Tal es su biografía, «*Koldo Mitxelena*», escrita por *Eugenio Ibarzábal*, en que, en una prolongada entrevista (así es el libro en cuestión) realizada a *Mitxelena*, éste nos habla de su vida, de su ideología política, de su peripecia como soldado en la Guerra Civil, de su tiempo como prisionero, de su angustiosa situación como condenado a muerte. Nos habla también de su posterior libertad, de su continuación en actividades políticas, de sus estudios de Filosofía y Letras, de su trabajo como contable en una empresa industrial, y de la consecución, por oposición, de la Cátedra de Lingüista en la Universidad. Toda una vida de trabajo y lucha, de inquietud intelectual, de afán de superación.

En una biografía hay muchas vertientes y meandros por donde discurrir la atención para profundizar en parcelas que despierten interés o, sencillamente, curiosidad, y más cuando la biografía corresponde a un intelectual. Intentar, por lo tanto, adentrarse en la vida de *Mitxelena* sería tocar tantas facetas que daría lugar a muy extensa exposición. Así, sucede pues, que en esta biografía escrita por *Ibarzábal*, importantes asuntos quedan marginados. Algunos, además, por expreso deseo del mismo biografiado, por estimar, según se explica *Mitxelena*, que será mejor ocasión relatarlo en unas memorias que tenía en perspectiva escribir. Otras cuestiones también están tratadas muy someramente como es, por ejemplo, su frustrada vocación de novelista, sus apuntadas opiniones sobre la honradez, la sinceridad y la honestidad de algunos curas, su criterio sobre otros partidos políticos entre otras cuestiones. Lo que supone que muchas cosas han quedado en el tintero y otras simplemente sugeridas, como sucede por

ejemplo con la pesadilla que todavía atormentaba al biografiado *Mitxelena*. Así, cuando *Mitxelena* relata su recuerdo sobre la penosa situación de prisionero condenado a muerte, *Ibarzabal* comenta:

Todo esto que cuentas es horroroso y capaz de hundir psicológicamente al más fuerte.

Y le pregunta a continuación:

Aunque han pasado muchos años, ¿qué recuerdo te queda de aquello...?

Mitxelena contesta:

Tengo una pesadilla que se repite a menudo... Estoy en la cárcel, pero en una época más reciente. No sé absolutamente nada de mi proceso, pero tengo miedo de saber y prefiero no enterarme. Posteriormente, quiero saber...; la situación se está prolongando. Llevo tiempo y tiempo en la cárcel, y no hay ninguna posibilidad de salir...

Es realmente curiosa esta pesadilla que todavía atormentaba a *Koldo Mitxelena*. Y hasta significativa podría considerarse. Pues es sabido en psicología que el sueño para emerger del subconsciente utiliza un material. Aquí, en este caso, el material corresponde a la situación más dura y angustiosa por la que, con toda seguridad pasó *Mitxelena* en su vida: la de prisionero de guerra, condenado a muerte. Pero es detrás de este material donde se esconde el fundamento del sueño y donde radica el problema de la angustia.

Llama la atención cómo valora *Mitxelena* un determinado comportamiento suyo. Así, casi ya finalizado el libro, después de significar, el biógrafo, cualidades políticas del biografiado: «*por lo que la gente de todas las edades siente un profundo respeto por ti...*»—comenta seguidamente—«*Esta actitud ha sido enormemente provechosa para el País, pero, si me permites decirlo, pienso que también para el Partido al que perteneces...*» Y *Mitxelena* analiza este comentario tratando de no mitificar su acción política ni su propia personalidad. *Mitxelena* no era un hombre político, era un hombre de ciencia y él lo sabía. Era inteligente y no caía en posturas de vanidad. No obstante, en este momento del transcurso de la conversación sí desea hacer una puntualización. Quiere que sí se le tome en consideración, y se le valore, una labor realizada.

«Si me permites un momento de jactancia—dice—te diré que hay un único hecho del que me siento orgulloso porque todavía me parece que superaba claramente mis fuerzas.»

El hecho al que se refiere fue el momento en que se comprometió a vender en la calle el periódico del Partido.

«De manera que el sábado siguiente salimos, y salgo yo, con un montón de periódicos bajo el brazo.»

Y prosigue después:

«Seguía caminando con la conciencia cada vez más angustiosa de que tenía que gritar y no me atrevía a hacerlo. Por fin, a la segunda vuelta, abrí la boca pero no me oyó nadie. Levanté más la voz y no pasó nada: alguno que otro volvía la cabeza sin mayor interés. Luego ya, con la costumbre, se fue haciendo más fácil, aunque todos los sábados por la tarde volvía a sentir retorcionjes de tripas.»

Este es el único hecho por el que creo, sin falsa modestia, que el Partido Nacionalista Vasco tiene una deuda conmigo, sólo que no lo saben. A ver si ahora se enteran y se deciden a reconocer mis méritos.»

No está exento de humor esta declaración de *Mitxelena*, desde luego. El que, después de toda una vida entregada al Partido, de haber combatido en el frente, de haber estado prisionero y condenado a muerte y de haber desarrollado una acción política en la clandestinidad, después de todo esto, considera que el haber salido a vender el periódico del Partido (antes de la Guerra Civil, en tiempos además de libertad política) es lo que, para él, considera de verdadero valor y que, por ello, es hora de que se decida el Partido «a reconocer» sus «méritos».

Son palabras estas, que a parte de un cierto humor, parecen también destilar inevitables filtraciones de mordacidad contenida.

Mitxelena fue una persona tímida. El mismo lo confiesa al inicio de su biografía cuando *Ibarzabal* le pregunta:

«¿Cómo era de chaval Koldo Mitxelena?...».

Y *Mitxelena* contesta:

«Era muy tímido, enormemente tímido: esa ha sido mi característica fundamental. Me resultaba muy penoso relacionarse con los demás. He sufrido mucho por esta razón, ...».

No es difícil comprender lo duro que tuvo que ser para *Mitxelena*, en su juventud, tomar un fajo de periódicos bajo el brazo y salir a la calle a vocear. Pero también se entiende que, de este modo, disponía de un medio para tratar de vencer esa timidez que le oprimía. Y era el Partido quien ponía ese medio en sus manos, una justificación que le permitía elevar la voz en plena calle, y un motivo para poder relacionarse con los demás. Puede decirse que, de algún modo, era como para estar agradecido al Partido.

Hay una cuestión que en esta biografía emerge sin que su autor, *Ibarzabal*, se lo proponga. Se ve que *Ibarzabal* ha tratado de llevar el tema por la vertiente política que caracterizaba a *Mitxelena*. Pero, naturalmente, la faceta personalísima de la propia individualidad de *Mitxelena*, en algún momento tenía que surgir inevitablemente. *Mitxelena* era un intelectual y, naturalmente, orgulloso de su propio talento. Así, sucede que, al comentar sobre las motivaciones de una determinada actitud política de un joven lingüista, durante la entrevista, dice:

«Pero sus razones eran poderosas para que uno que como yo, se siente hombre antes que vasco...».

Palabras fundamentales éstas que ponen de manifiesto la definitiva filosofía de su pensamiento y que, sin embargo, el autor de la biografía no ha hecho más que dejar simplemente apuntado.

Muchas facetas de la personalidad de *Koldo Mitxelena* han quedado marginadas en esta biografía de *Ibarzabal*. Facetas de interés que requieren una mayor atención y estudio. Como la pesadilla que se le repetía a menudo.

«Estoy en la cárcel, pero en una época más reciente. No sé absolutamente nada de mi proceso, pero tengo miedo de saber y prefiero no enterarme. Posteriormente quiero saber...; la situación se está prolongando. Llevo tiempo en la cárcel, y no hay posibilidad de salir... en un momento de esos me despierto y tengo una sensación muy desagradable.»

¿En qué momento concreto del suceder de la acción del sueño se despertaba?. ¿Cuál era la cárcel que todavía angustiaba y donde se sentía prisionero *Koldo Mitxelena*?

Para indagar en el mundo de los sueños, sólo un investigador de la mente humana, un profesional de la psicología, podría llegar a conclusiones. Conclusiones que, con probabilidad, harían más interesante la biografía de la extraordinaria personalidad de Koldo Mitxelena.